

—¿Son estos mis honorarios?—dijo con una alegría que desde hacía un año nadie había advertido en ella.—Se ve que tienes confianza, porque pagas adelantado. Vamos, vé á buscarla, ya que has confesado tu crimen. Sabes que no temo la soledad, y además necesito reflexionar en todo lo que acabas de decirme.

El joven corrió hacia su caballo. De un salto se puso en la silla, y enviando un beso con la mano á Clara, que le miraba sonriendo, partió con la celeridad de hombre que sabe encontrará á la que ama al fin del camino.

### XV.

Sola Clara, olvidó el sitio en que se encontraba y lo que pasaba á su alrededor, y se puso á meditar. Lejano ruido se oía en el bosque, y por el ancho camino continuaban rodando los carruajes; pero la joven fué ciega y sorda á cuanto no era Felipe, y se entretuvo en reconstituir su vida tal y como hubiera debido ser. Trayendo á su memoria el tiempo pasado, contó los días felices de que voluntariamente se había privado, y alejada de esta funesta época apenas pudo comprender los sentimientos á que entonces

obedeció. Aquella especie de delirio, de orgullo que la dominó, era verdaderamente inexplicable. La preocupación de casarse antes que el Duque, costara lo que costase, le pareció de tal suerte mezquina, que se ruborizó. ¡Tan vulgares motivos la habían arrastrado á comprometer toda su existencia!

Dijo para sí que Felipe, á pesar del gran ultraje recibido, no podía ser inexorable. No se apartaba de su imaginación el altivo y severo semblante del amo de la ferrería, y aun resonaba en sus oídos la voz con que le dijo: «Algún día sabrá V. la verdad; sabrá usted que es más injusta que cruel, y aun cuando entonces se arrastre á mis pies implorando perdón, no tendré para V. ni una palabra de compasión.»

Esta terrible promesa ¿no fué hija de la cólera? ¿La culplicita siempre sin debilidad ni indulgencia? Vióle de nuevo con el rostro entre sus manos agobiado por el dolor, levantando después la cabeza y mostrándole el semblante inundado de lágrimas. Seguramente la adoraba, y aquella noche hubiera dado su vida por una mirada cariñosa, por una frase de esperanza. Ocho meses habían pasado. ¿Salió en este tiempo por la cruel herida que la mano de la joven había hecho todo el amor de Felipe?

Con la punta del pie trazó maquinalmente Clara algunas líneas en la arena.



—Cuando se ha amado profundamente.—  
dijo en alta voz como si quisiera consultar  
la duda que la agitaba con el bosque, el  
viento, el espacio, con la naturaleza entera,  
que tranquila y silenciosa la rodeaba,—  
cuando se ha amado como él me amaba, ¿se  
puede olvidar?

—Cuando se ha amado profundamente,—  
le contestó una voz burlona, que al parecer  
había hacia ella,—no se olvida jamás.

Levantóse vivamente Clara, y vió al Du-  
que, que habiendo entrado un momento  
antes en el kiosko, la miraba sonriendo,  
echado de bruces en la balaustrada.

—Convendrás en que llego á punto para  
responderte,—dijo alegremente.—¿Pensa-  
bas en mí?

—Seguramente no.

—Tanto peor.

—¿Qué es lo que vienes á buscar aquí?

Bajó el Duque los seis peldaños de la es-  
calinata y se acercó á Clara.

—Te busco á tí,—dijo inclinándose.

—¿Qué es lo que intentas?

—Intento hablar con el corazón en la  
mano. Hate una hora me has acogido muy  
mal al ofrecerte mi compañía. He creído  
que serías ya más sociable, y heme aquí.  
¿Estás de humor de responderme?

—¡Dios mío! querido Duque, creo que  
nada tenemos que decirnos.

—¿Estás segura? Veo con dolor que te

has hecho muy disimulada: tienes penas y  
no quieres confesarlas.

Clara se encogió de hombros desdeñosamente.

—Y yo veo—dijo ella—que intelectual-  
mente vas bajando de una manera notable.  
Repites sin cesar las mismas ideas con un  
acento quejumbroso que aflige. Tranquiliza  
tu sensible corazón. Ni tengo penas, ni estoy  
dispuesta á tenerlas por darte gusto.

—Así sea,—replicó el Duque con sencillez.—Celebro haberme engañado. Pare-  
ciómeme justa la idea que había formado de tu  
situación de ánimo, pero seguramente, como  
dices muy bien, he perdido mi lucidez. Creí  
que esta mañana estabas nerviosa y agitada.  
La partida de caza tenía muchos atractivos,  
y sin embargo no has querido tomar parte  
en ella, pasando el tiempo en observar á tu  
marido...

—Bien, ¿y qué?—dijo Clara reprimiendo  
un movimiento.

—Que el Sr. Derblay, cosa rara, no se  
ocupaba al parecer de tí, dedicado por com-  
pleto á la Duquesa, que le había escogido  
para acompañante; y tú, en vez de estar sa-  
tisfecha por verle cumplir galantemente su  
deber, le dirigías terribles miradas.

—¿Qué deduces de todo eso?—preguntó  
Clara fríamente.

—Que el buen acuerdo que supones  
existe entre vosotros no es real; que él no



aprecia en su justo valor el tesoro que la casualidad, ó más bien mi mala fortuna, le ha dado. Al ver esto han acudido á mi memoria mil pequeños accidentes en que no habfa parado la atención. He recordado tu extraña actitud el día del casamiento, he comentado tus tristezas; analizado tus cóleras; y pesado el pro y el contra, deduzco que no tienes, digas lo que quieras, la felicidad que mereces.

El ataque era brusco y directo. En un instante habfa envuelto el Duque las posiciones defensivas tan pacientemente elevadas por Clara, y le hizo comprender con audacia que no debiendo esperar la plaza socorro exterior, iba á sufrir un sitio en toda regla. La joven no quiso retroceder un paso, y hasta tomó la ofensiva con una amargura que no disimulaba.

—Y tu alma generosa y compasiva— dijo— cree el momento oportuno para ofrecerme algún consuelo.

Muy experimentado el Duque en esta clase de guerra, no siguió todavía á Clara en el terreno que ésta tan atrevidamente le ofrecía. Confesando en seguida su cálculo hubiese perdido para siempre lo que pretendía obtener: prefirió, pues, mostrarse arrastrado por un sentimiento formal y profundo, y abandonando el tono sarcástico empleado hasta entonces, dijo con tristeza:

—Me juzgas mal, Clara. He hecho cuanto

de mí dependía para olvidarte, y al llegar aquí creí que ya no te amaba y que podrfa volverte á ver sin peligro. Decíase que eras feliz, y me alegraba ¡Ah! ¡qué loco era! Después de tantos desengaños y de tantas amargas pruebas, juzgué mi corazón gastado y muerto, y con profundo dolor le he sentido renacer y animarse. De pronto han acudido á mi memoria sucesos pasados. Te he vuelto á ver, y te encuentro preocupada, á pesar de los esfuerzos que haces para disimular tu tristeza. Hubieras podido engañar á otro, pero á mí no, porque desde hace tiempo tu semblante nada oculta á mis ojos. Siendo tú feliz te hubiese adorado de lejos, sin que una palabra mía turbase tu dicha; pero al verte sufrir, no he sido dueño de mi voluntad, sintiéndome encadenado por fuerza irresistible y comprendiendo que no hay para mí en este mundo más mujer que tú.

Escuchó Clara estas apasionadas frases advirtiéndole que no le hacían vibrar la más pequeña fibra del corazón. ¿Era aquel hombre que tan cariñosamente le hablaba el que ella había amado hasta el punto de perder la razón? Aquella voz que en pasados tiempos la conmovía, escuchábala ahora con irritada frialdad, viendo en el Duque uno de esos astutos cómicos que revuelven el ánimo y excitan los nervios de las mujeres mal equilibradas. Ni un solo momento pensó que pudiera ser sincero, ni vió en su asiduidad



otra cosa que el deseo de satisfacer repentino capricho.

—¿Sabes que no te falta impudencia?— dijo ásperamente.—Tuviste que elegir hace algún tiempo entre la mujer que decías amar y una fortuna que te tentaba, y no titubeaste, cerrando tu corazón y abriendo tu caja. Hoy, que ya tienes dinero, no te vendría mal tener también la mujer, y vienes á solicitarla. ¡Ah! querido Duque, eres demasiado ambicioso. No pretendas acumularlo todo.

El Duque movió melancólicamente la cabeza.

—¡Con qué dureza me hablas!—dijo.— Bien sabía que estabas resentida conmigo.

Hizo Clara brusco movimiento y brillaron sus ojos de indignación, diciendo resueltamente:

—¡Resentida yo! te adulas querido mío. Si me inspirases algo, sería agradecimiento, porque al fin yo soy la esposa del Sr. Derblay, que es tan útil, como tú incapaz; tan adicto, como tú egoísta; tan generoso, como tú mezquino, que tiene, en una palabra, todas las cualidades que á tí te faltan, y ninguno de tus defectos. ¿No es á tí á quien debo que sea mi esposo?

Mordióse el Duque los labios. Cada palabra de aquel violento apóstrofe le había herido en el rostro como un bofetón.

—El Sr. Derblay—dijo procurando dominar á Clara con la mirada—es sin duda

perfecto, pero tiene un ligero capricho que hace su perfección inútil, al menos para tí: no te ama. Pocos meses estáis casados, y si te apreciara en tu justo valor, debería estar á tu lado, atento y cariñoso. ¿Dónde está? Junto á la Duquesa.

—¡Tu mujer!—exclamó Clara con violencia.

Y haciendo en seguida un esfuerzo para dominarse, añadió con tranquilidad:

—¿Por qué me ha de alarmar eso, cuando á tí no te conmueve?

—¡Oh! no soy celoso,—respondió el Duque con su habitual ligereza.—Además conozco á la Duquesa; es una admirable muñeca cubierta de encajes y joyas, que no tiene dentro del rico vestido ni corazón ni cabeza. ¿Dónde podría arraigar en ella la pasión? Pero tu marido...

Mientras decía esto se acercó á la joven, como si temiera que el veneno de sus palabras, al pasar por el aire, perdiese su pérfida acritud.

—Hace un instante le has visto junto á ella... El ingrato desdenaba su dicha. El imprudente se exponía á perderla. ¡Bah! déjale con la Duquesa, ¡dignos son uno de otro! y permite que permanezca junto á tí quien como yo te aprecia, te comprende y te ama.

Dió Clara un paso hacia atrás para aumentar la distancia entre ella y el Duque,



y queriendo aparecer tranquila sin conseguirlo, contestó:

—Mira; lo que me dices sólo me hace reír...

—Sí, como dice Figaro: para no verte precisada á llorar, porque el fondo de este asunto es profundamente triste. Estás unida á un hombre que moralmente será siempre para tí un extraño. Entre él y tú, todo se combate y se rechaza. El es plebeyo, y tú noble: estoy seguro de que tiene ideas de igualdad, y tú eres aristócrata hasta la punta de las uñas. Es rudo como todo lo que emana del pueblo, y su rudeza te desagrada. Tú eres altiva como todo lo que procede de la nobleza, y tu altivez le irrita. Las dos razas de que habéis salido son enemigas natas, y los antepasados de ese hombre cortaron tranquilamente la cabeza á tus antecesores, querida mía. En una palabra, todo es propicio á que os odiéis, nada á que os inspireis amor.

Levantó Clara soberbia la cabeza, y desafiando con la mirada al Duque, dijo:

—Sin embargo, le amo. Bien lo sabes.

—Te imaginas que le amas,—replicó Bligny con dulzura y como si tratara de convencer á un niño,—porque estás celosa. Pero hay muchas clases de celos; los hay producidos por el amor, y los hay ocasionados por el orgullo. Juraría que los que tú sufres son de estos últimos. Tu marido no

hace caso de tí, y, por poco afecto que le tengas, esto te irrita; cosa muy natural. Quieres atraerle por espíritu de contradicción. Todas las mujeres sois lo mismo, y la crisis que sufres la conozco y la sé al dedillo.

Silenciosa Clara y llena de admiración y de disgusto, escuchaba el audaz análisis del Duque. Tomó éste por curiosidad lo que era estupor, y ávido de continuar la obra de desmoralización que creía haber comenzado hábilmente, añadió riendo:

—Mira, juego á cartas vistas contigo. La crisis se compone de cuatro fases como el movimiento de la luna. En este momento estás en la primera, llamada fase de resistencia. Tu marido se te escapa, y te empeñas en reconquistarle; es tu idea fija. El resiste, y pronto advertirás que tus esfuerzos son inútiles. El galanteador que se limitaba á inocentes coqueteos va á ser resueltamente infiel, y tú entrarás en la segunda fase, llamada de desilusión. Todo se derrumba, pierdes las ilusiones, acaba tu tranquilidad, cayendo en el más profundo abatimiento, y empiezas por acudir á Dios, consuelo único de todas las desesperaciones. Pero como continúa el libertinaje de tu esposo, empieza á irritarse tu fe. El marido, feliz, está muy contento, y tú muy triste, porque al fin sólo cuentas veintidos años, tienes derecho á que te amen y no se puede vivir siempre sola.



Oculto irritación se apodera de tu ánimo, y entras en la tercera fase, la de la cólera. Cae el velo de tus ojos, y ves á tu marido como es en realidad, es decir, torpe, ordinario y necio, admirándote haberle echado de menos ni siquiera un minuto. Descubres en tu alma una aspiración vaga á ciertas compensaciones. Entonces, ¡ay del esposo infiel! La crisis se acerca. Ruborizada aún, pero resuelta, pondrás el pie en la fase del consuelo. Miras ante tí y todo está florido, todo es alegre. ¡Qué bien se olvida! Un paso más y estás dentro. ¿Vacilas? Permíteme que te ofrezca la mano para hacerte los honores de esta fase, en la que te aguardo con escasa esperanza y grandísimo amor.

El Duque quiso tomar la mano de Clara, pero ésta le rechazó bruscamente con rostro sombrío y amenazador.

—Tus cálculos son ingeniosos—dijo—y atestiguan largo estudio de las mujeres; pero es sensible que al observar tan bien á las locas y depravadas, no te hayas fijado en las honradas. Hay sin duda, y me enorgullezco de demostrártelo, mujeres desgraciadas que no pierden la razón, que se niegan á vengarse, y para quienes es bastante consuelo su propia estimación y el merecido respeto de los demás.

—Perfectamente: estás dentro de tu papel. Fase de resistencia.

—Si persistes, tendré que odiarte.

—Persisto, porque no puedo dejar de amarte.

—Lo que llamas amor es una persecución indigna. ¿Qué clase de hombre eres para exponerte á mi odio, después de merecer mi desprecio?

Permaneció el Duque un momento silencioso mirando á Clara, de pie, trémula, iracunda. Desatada una trenza de sus rubios cabellos, caía brillante por la espalda. Bajo la amazona de paño azul se ensanchaba el pecho; crispada la mano en el puño del latiguillo, agitaba como un arma el fino cuero trenzado. Su aspecto en aquel instante era admirable.

Dominó á Bligny furioso deseo; palideció, se le turbó la vista, y dirigiéndose á la joven con los brazos abiertos, balbuceó:

—A todo me atreveré porque seas mía.

Casi la tocaba ya. Sintió Clara en el rostro su abrasador aliento, y echándose hacia atrás con el ceño fruncido y apretada la boca:

—¡Cuidado!—exclamó.—Si das un paso más, te trato como al último de los cobardes y te cruzo la cara.

La vió el Duque con el brazo alzado, enérgica y temible, pronta á pegar, y retrocedió un paso.

Orgullosa de haber triunfado, pero temblando aún por la resolución tomada, irguió su elevada estatura.



—¿Estoy yo en el caso de que te atrevas á humillarme así? ¿Me encuentro tan públicamente abandonada que se pueda, sin peligro, hacerme sufrir tales ultrajes? ¿Te atreverías de ese modo si hubiese un hombre á mi lado para defenderme? ¡Pero estoy sola y juzgas que todo te es permitido! Pues bien, ya ves que soy capaz de defenderme.

Tranquilizado el Duque, inclinóse ante la joven.

—Ya mudarás de opinión,—dijo,—el porvenir es mío. Soy paciente y esperaré.

Esta fría y audaz respuesta exasperó á Clara. Miró al Duque con ojos airados, y trémula la voz por la violencia de la emoción, exclamó:

—Pues sabe que aunque fuera la más desdichada de las mujeres, aunque llegara á ser la más indigna, lo cual no es posible, y á perderme, me inspiras tal aversión y tal repugnancia, que antes que á tí me entregaría á cualquier desconocido, al primero que pasara.

Esta frase de furor la oyó el Duque con frialdad, y con la misma confiada sonrisa que tenía el don de poner á Clara fuera de sí.

—Allá veremos,—dijo.

No se tomó la joven la molestia de contestarle; apartóse de él, y dirigiéndose á la encrucijada, de donde la separaba una cortina de álamos y sauces, acercóse al sitio donde

los criados del Sr. Moulinet preparaban para los cazadores apetitosa comida.

La brusca agresión del Duque le infundió un temor que conservaba todavía; habíale visto con los ojos brillantes, trémulas las manos, pálido el rostro, codicioso de cogerla, y le inspiró horror la lucha de que gracias á su energía se había librado por primera vez. Desconfiando del honor de aquel caballero que adoró largo tiempo como á un Dios, fué con inmensa tristeza á ponerse bajo la protección de los lacayos.

—¡Atención!—dijo el cocinero mayor á sus pinches;—los convidados llegan.

Como ruidoso alud venían, en efecto, los carruajes por todos los caminos del bosque, rodando sobre el verde césped. Los jinetes iban á los lados. Oíanse voces y llamadas de unos á otros entre aquella juventud entusiasmada aún por la rápida carrera, y aunque se encontraban todavía á más de quinientos metros de distancia, percibíase claramente el ruido de sus animadas voces.

Dedicados sin preocupación ninguna á disfrutar de la fiesta, gozaban completamente de aquel hermoso día. Comparó con dolor Clara aquella alegría con su tristeza, y la enfadó que el mundo entero se vistiese de gala estando ella tan melancólica, sin recordar, por desgracia, que ella misma era la única causante de su desdicha.

Un carruaje que entró en la encrucijada



la distrajo de estas desconsoladoras ideas. Venía en él la Marquesa, arrellanada en el fondo como en ancha poltrona, con una pañoleta de encaje sobre los hombros. Acudió á ella Clara como quien acude á su salvación, pareciéndole que la presencia de aquella noble señora purificaba el aire. Junto á ella recobró instantáneamente Clara la tranquilidad. Con su acostumbrada indolencia, no se había apresurado la señora de Beaulieu á bajar al bosque, y sólo por ver á su hija á caballo sacudió la dulce pereza, mandando enganchar el coche.

—¡Qué!—la dijo,—¿estás aquí sola? ¿Dónde está tu marido? ¿Qué hace Sofía?

—Hace un momento que la Baronesa se ha separado de mí, y he exigido á Felipe que tomara parte en la cacería, porque conviene que el marido no esté pegado á su mujer en público para evitar hablillas.

Tan risueña y tranquila estaba, que la contempló la Marquesa con profunda satisfacción. Su ánimo, un poco superficial, no tuvo nunca la menor sospecha de los disgustos de Clara.

—Sois bastante felices para permitiros el lujo de ocultar vuestra dicha,—dijo la señora de Beaulieu.—¡Ah! ¡Ese Felipe es la perla de los yernos!

Los cazadores, que llegaban al trote, interrumpieron á la Marquesa, permitiendo á Clara disimular el embarazo que le causaban

los elogios de su madre. La Brede y Tremblays, sobre sus caballos, blancos de espuma, rojo como escarlata aquél, y pálido éste como un muerto, venían rodeados por el alegre escuadrón, que les tributaba repetidos elogios por su vigor para sufrir tanto tiempo la persecución de los cazadores. Pontac tocaba su trompa á la Dampierre con toda la fuerza de sus pulmones, y su picador Bistocq, á pie, con los brazos caídos y aspecto de mal humor, tiraba de su gran penco rojo, criticando entre dientes á los aficionados que jugaban á cazar, estropeando los pobres caballos por correr en busca de pedazos de papel como si fueran traperos.

De una ojeada vió Clara á Felipe, que volvía con Susana y la Baronesa. Adelantóse Sofía, y parándose junto á su amiga, díjole al oído estas palabras, que sonrojaron sus mejillas.

—Cuando llegamos ya no estaba junto á Atanasia. La había dejado plantada con ese imbécil de Pontac, que ya no sabe qué ruido hacer con su trompa de caza. ¡Bonita afición la de ese necio y muy agradable en sociedad!

Echóse á reír, mirando y guiñando los ojos, con la insolencia involuntaria de los míopes, á Atanasia, que llegaba ensordecida por la trompa de su compañero, pero sin atreverse á decir nada por temor de faltar á las conveniencias. Al ver á Clara, puso Ata-



nasia su caballo á galope, y haciendo un gesto irónico al Duque, que estaba á pie, inmóvil é indiferente cerca del carruaje de la señora de Beaulieu, le dijo:

—Al fin te encontramos, Duque, y al mismo tiempo que á la señora de Derblay. Has hecho muy bien en acompañar á tu prima.

Atanasia echó una diabólica mirada á Felipe, procurando que penetrase en él la injuriosa sospecha de su alma. Así quiso vengarse del abandono un poco humillante en que el amo de la ferrería la había dejado. Adelantóse Felipe, severo y casi amenazador. Palideció Clara, comprendiendo que el odio implacable de la Duquesa lanzaba uno contra otro aquellos dos hombres.

—No he tenido la suerte de acompañar á mi prima, como dices muy bien,—respondió el Duque inclinándose respetuosamente ante la señora Derblay.—Mi tía ha llegado antes que yo aquí.

—Entonces, querido, tienes un mal caballo y debes cambiarlo por otro,—replicó la Duquesa.

Apretados los dientes por la cólera al ver su maldad burlada, dió un fuerte latigazo en las orejas á su potro, que saltó de costado y se encabritó, sacudiendo furioso el bocado, blanco de espuma.

Se adelantó fríamente el Duque, cogió por la brida al caballo y le detuvo, y ayu-

dando á Atanasia á apearse, le dijo con aire impertinente:

—No hay cosa de peor gusto que castigar de esa manera al animal; esto sin contar que no montas muy bien, y te puedes caer; lo cual sería de muy mal efecto. Créeme; olvida esos modales que trascienden demasiado á tienda de comestibles.

Dejando á la Duquesa pálida de ira, con el mismo tranquilo paso se dirigió Bligny á donde estaban sus amigos, para brindar con ellos por el éxito de la cacería.

Helada y con escalofríos subió Clara al coche de su madre, y la rogó que la condujera á Pont-Avesnes. Llevaba un peso en el corazón. La respuesta del Duque á Atanasia, que tan oportunamente impidió la peligrosa intervención de Felipe, creyó que la comprometía en una especie de complicidad. A punto estuvo de decirlo todo á su marido, prefiriendo las censuras y la cólera de Felipe á aquella odiosa connivencia con el hombre que la habla ultrajado. No se atrevió, sin embargo, y suspirando vióse condenada perpetuamente á aquella mentira, que tan violenta repulsión le causaba, como si su destino la obligase á engañar siempre y en todas partes, mostrando semblante risueño cuando tenía la desesperación en el alma.

Dirigió tímidas miradas á Felipe, que cabalgaba al lado de Bachelin montado ya



en su carricoche. El amo de la ferrería hablaba con el viejo notario, sin que su voz ni su semblante demostraran emoción alguna, y pensó Clara que tal vez se había engañado al creer ver en sus ojos un relámpago de ira cuando avanzó hacia el Duque; pero conocía el poder de Felipe sobre sí mismo, y tal vez se dominaba en aquel momento para mostrarse indiferente.

Deseó Clara que estuviera celoso, y aun á riesgo de su vida hubiese querido verle amenazándola con la mano levantada sobre ella, como lo hizo en aquella terrible noche. No queriendo sufrir por más tiempo la incertidumbre, determinó hablarle al día siguiente de la petición de su hermano y conocer al fin el misterioso pensamiento de su marido. Tomada esta resolución, quiso estar alegre y se esforzó por disipar las nubes que velaban su frente. Como actriz que sale á la escena para representar un papel, fingía estar jovial y risueña.

Oíase á lo lejos en la arboleda el ruido de los alegres cazadores, despertando los ecos del bosque la trompa de Pontac, que tocaba la Muerte del Ciervo, encarnado en las desiguales personas del grueso La Breda y del pequeño Tremblays.

XVI.

Trabajaba Felipe en su despacho, cubierta la mesa de papeles, á los que iba echando rápida ojeada y poniendo al pie su firma. Eran las diez, y el ardiente sol caía á plomo sobre la fachada del castillo. Un rayo indiscreto, llegando á la frente del amo de la ferrería, interrumpió su trabajo. Se levantó, y dirigiéndose al balcón miró distraído al jardín.

A orillas del estanque, y á la sombra de una tienda de rayada tela, Susana, vestida de blanco, pescaba sin atender á lo que hacía. El sedal se había hundido, y agitado el corcho por los tirones de un pez cogido al anzuelo, se removía haciendo ondular el agua trasparante. Mirando la joven al espacio, inmóvil y con placentero semblante, parecía preocupada por una idea feliz.

Sonrió Felipe, y abriendo el balcón sin hacer ruido, dijo á la joven:

—¡Susana! ¿No ves que ha picado?

La niña se estremeció, y mirando con graciosa mueca á su hermano, contestó:

—Me has asustado, Felipe.

—Tira, tira,—añadió éste;—hace diez minutos que está cogida al anzuelo la carpa.